



LOS PACIFICADORES

“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios”
(Mateo 5:9).

Todos esperamos que los demás actúen de acuerdo a lo que dicen ser, y es justo que también de nosotros se espere lo mismo. Queremos llamar policía al policía, abogado al abogado, profesor al profesor, padres a los padres, etc. No queremos agregar epítetos al referirnos a estas personas. Valgan estas primeras líneas para dejar un primer mensaje: Actuemos conforme a la esencia de lo que decimos ser.

En relación a la bienaventuranza, tema de nuestra reflexión, el Señor Jesucristo nos plantea cómo ser llamados hijo de Dios.

Empecemos diciendo cómo se puede ser hijo de Dios: la Biblia, en Juan 1:12 dice que aquellos que reciben a Jesucristo y creen en su nombre, se les da la potestad de “ser hechos hijos de Dios”, dice también en Gálatas 3.26 que “todos son hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús”.

Siguiendo la idea propuesta líneas arriba, hagamos la siguiente pregunta: ¿cómo se espera que actúen los hijos de Dios para ser llamados como tales? La respuesta es, siendo pacificador. Se espera entonces del hijo de Dios, entre otras líneas de acción, que sea aquel que pacifique.

¿En qué consiste la línea de acción a la que debe avocarse el pacificador? Establecer la paz donde no la haya, reconciliar y tratar de asentar paz, pidiéndola o deseándola.

El campo donde se requiere es sin duda alguna, el humano; ¡cuán quebrantadas están las relaciones entre el hombre y sus semejantes! ¡Cuán frágiles son estas relaciones! La causa de esto es porque la relación del hombre con su Creador, también padece este mismo mal.

El pacificador tendrá que enfrentar el mal desde su origen y por medio del evangelio de la paz, deberá reconciliar al hombre con su Creador. En este sentido, es también un embajador, cuya carta credencial es Cristo, quien hizo la paz mediante la cruz para reconciliar al hombre, si este lo quiere, con Dios (Hechos 10:36; Efesios 2:15,16).

Cuando esto se lleva a cabo, la relación del hombre con su Creador se corrige y por ende, las relaciones del hombre con sus semejantes, mejoran considerablemente. Pero la labor no termina allí, ya que tenemos que decir que en todo tiempo, el pacificador tendrá que estar pidiendo y deseando la paz. Con razón: “¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz...!” (Romanos 10:15).

En el mundo se desea la paz y se hacen grandes esfuerzos para lograrla. Lo paradójico es que teniendo la solución al alcance: Cristo, quien dijo: “La paz os dejo, mi paz os doy” (Juan 14:27), no se quiera aplicar como la única e infalible solución.

¿Tendremos algo que ver los hijos de Dios?